

Á la buena mujer le es propio y bueno
el de continuo estar en su morada,
que el vaguear defuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés, ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendría á ser señalada y nombrada, escriben que dijo (1) que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón. Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luégo se sigue. Esto es:

§. XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos.

Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla también su marido (2).

Parecerá á algunos que tener una mujer hijos y marido tales que la alaben, más es buena dicha della, que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán.

Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto; pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen marido y criar buenos hijos, y tales, que no sólo con debidas y agradecidas palabras le den loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanta

(1) Sophocles in Phrixo.

(2) Vers. 28.

es menester, no sola para sí, sino también para sus hijos y su marido. Por manera que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della, y sean como voces vivas que en los oídos de todos canten su loor.

Y quanto á lo del marido, cierto es lo primero que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante (1). Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada á ganar y á mejorar su marido?

Cierto es que son dos cosas las que entre todas tienen para persuadir eficacia: el amistad y la razón. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, ó veamos si hay algún otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto.

El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luégo y se apega más con el corazón.

Muchos hombres habria en Israel tan prudentes y de tan discreta y más discreta razón que la mujer de Tecua; y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalón á su gracia, Joab, su capitán general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola ésta quiso que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey, justamente indignado (2), y sucedióle su intento; porque, como digo,

(1) Ad I corinth., cap. 7, v. 14.

(2) II, Reg., cap. 14.

mejórase y esfuérase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer. Que ¿quién no gusta de agradar á quien ama? Ó ¿quién no se fia de quien es amado? Ó ¿quién no da crédito al amor y á la razón cuando se juntan?

La razón no se engaña y el amor no quiere engañar; y así, conforme á esto, tiene la buena mujer tomados al marido todos los puertos, porque ni pensará que se engaña la que tan discreta es, ni sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe crían deseo de agradecimiento y la aseguran, para que sin recelo se fie de aquel de quien los ha recibido, y ambas á dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice?

De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y sabio, nos fiamos de su parecer, ¿y dudará el marido de obedecer á la virtud y discreción que cada día ve y experimenta? Y porque decimos cada día, tienen aún más las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y aparejo, que pueden tratar con ellos cada día y cada hora, y á las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede, la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer, que, como dicen los experimentados, es sobre todas. Y verdaderamente es caso, no sé si diga vergonzoso ó donoso, decir que las buenas no son poderosas para concertar sus maridos, siendo las malas valientes para inducirlos á cosas desatinadas que los destruyen.

La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón también á sus solas es muy valiente, y juntas entrambas cosas, se ayudan entre sí y se fortifican de tal manera, que lo ponen todo debajo de los piés. Y ellas saben que digo verdad, y que es verdad que se puede probar con ejemplo de muchas que con su buen aviso y discreción han enmenda-

do mil malos siniestros en sus maridos, y ganádoles el alma y emendádoles la condición, en unos brava, en otros distraída, en otros por diferentes maneras viciosa. De arte que las que se quejan ahora dellos y de su desorden, quéjense de sí primero y de su negligencia, por la cual no los tienen cual deben.

Más si con el marido no pueden, con los hijos, que son parte suya y los traen en las manos desde su nacimiento y les son en la niñez como cera, ¿qué pueden decir, sino confesar que los vicios dellos y los desastres en que caen por sus vicios, por la mayor parte son culpas de sus padres? Y porque ahora hablamos de las madres, entiendan las mujeres que, si no tienen buenos hijos, gran parte dello es porque no les son ellas enteramente sus madres. Porque no ha de pensar la casada que el ser madre es engendrar y parir un hijo; que en lo primero siguió su deleite, y á lo segundo le forzó la necesidad natural. Y si no hiciesen por ellos más, no sé en cuánta obligación los pondrán.

Lo que se sigue después del parto es el puro oficio de la madre, y lo que puede hacer bueno al hijo y lo que de veras le obliga. Por lo cual, téngase por dicho esta perfecta casada que no lo será si no cria á sus hijos, y que la obligación que tiene por su oficio á hacerlos buenos, esa misma le pone necesidad á que los críe á sus pechos; porque con la leche, no digo que se aprende, que eso fuera mejor, porque contra lo mal aprendido es remedio el olvido; sino digo que se bebe y convierte en sustancia y como en naturaleza todo lo bueno y lo malo que hay en aquella de quien se recibe; porque el cuerpo ternecico de un niño, y que salió como comenzado del vientre, la teta le acaba de hacer y formar. Y según quedare bien formado el cuerpo, así le avendrá al alma después, cuyas costumbres ordinariamente nacen de sus inclinaciones dél; y si los hijos salen á los padres de quien nacen, ¿cómo no saldrán á las amas con quien pacen, si es verdadero el refrán español? ¿Por ventura no vemos que cuando el niño está enfermo purgamos

al ama que le cría, y que con purificar y sanar el mal humor della le damos la salud á él? Pues entendamos que, como es una la salud, así es uno el cuerpo, y si los humores son unos, ¿cómo no lo serán las inclinaciones, las cuales, por andar siempre hermanadas con ellos, en castellano con razón las llamamos *humores*? De arte que si el ama es borracha, habemos de entender que el desdichadito beberá con la leche el amor del vino; si colérica, si tonta, si deshonesto, si de viles pensamientos y ánimo, como de ordinario lo son, será el niño lo mismo. Pues si el no criar los hijos es ponerlos á tan claro y manifiesto peligro, ¿cómo es posible que cumpla con lo que debe la casada que no los cría?

Esto es decir la que en la mejor parte de su casa, y para cuyo fin se casó principalmente, pone tan mal recaudo. ¿Qué le vale ser en todo lo demás diligente, si en lo que es más es así descuidada? Si el hijo sale perdido, ¿qué le vale la hacienda ganada? Ó ¿qué bien puede haber en la casa donde los hijos para quien es no son buenos? Y si es parte desta virtud conjugal, como habemos ya visto, la piedad generalmente con todos, las que son tan sin piedad, que entregan á un extraño el fruto de sus entrañas, y la imagen de virtud y de bien que en él había comenzado la naturaleza á obrar, consienten que otro la borre, y permiten que imprima vicios en lo que del vientre salía con principio de buenas inclinaciones, cierto es que no son buenas casadas, ni aun casadas, si habemos de hablar con verdad; porque de la casada es engendrar hijos, y hacer esto es perderlos; y de la casada es engendrar hijos legítimos, y los que se crían así, mirándolo bien, son llanamente bastardos.

Y porque vuestra merced vea que hablo con verdad, y no con encarecimiento, ha de entender que la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varón, figurándola, hace carne y huesos. Pues el ama que cría pone lo mismo, porque la

leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre que vive en el hijo hace la misma obra; sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinticuatro; y la madre cuando el partó era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe; la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enagena de sí á su hijo, y hace borde lo que había nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco menos feo y no menos dañoso que el ordinario, porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo del ama y de la moza, que las más veces es una ó villana ó esclava.

Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre le diese un anillo de plata y al ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón; «porque, dijo, vos no me tuvisteis en el vientre más de por espacio de nueve meses, y ésta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun ese me diste por manera no muy honesta, mas la dádiva que desta tengo, diómela ella con pura sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy.»

Manda san Pablo, en la doctrina que da á las casadas, que

«amen á sus hijos (1).» Natural es á las madres amarlos, y no había para qué san Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir «que los amen», es decir que los crien, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso san Pablo llama *amarlos*, y con gran propiedad; porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero, que vencen en ello aun á las fieras, porque, ¿qué animal tan crudo hay, que no críe lo que produce, que fie de otro la crianza de lo que pare?

La braveza del león sufre con mansedumbre á sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come porque ellos lo coman.

Mas ¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luégo después del parto, leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que críen; engrosándoles los pezones, les avisa que han de ser madres; los rayos de la leche que viene son como agujones con que las dispierta á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sor-das algunas, y excúsanse con decir que es trabajo y que es hacerse temprano viejas, parir y criar.

Es trabajo, yo lo confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se ponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ove-

(1) Ad tit., cap. 2, v. 4.

jas. Es trabajo el parir y criar, pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo.

Si les duele el criar, no paran, y si les agrada el parir, críen también. Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habían de traer más cubiertas y disimuladas sus inclinaciones.

El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahuate. Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte de gusto y de contento. El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque, ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aun la deja obligada. Crie pues la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél.

La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos

le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue.

§. XIX.

Qué alabanzas merece la perfecta casada, y cómo para serlo, es menester que esté adornada de muchas perfecciones.

Muchas hijas allegaron riquezas, mas tú subiste sobre todas (1).

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó por decirlo más brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conjugal puesta en su punto. Y dice Salomón que los hijos de la perfecta casada, loándola, la encumbran sobre todas, y dicen que de las buenas ella es la más buena, lo cual dice ó escribe Salomón que lo dirán conforme á la costumbre de los que loan, en la cual es ordinario lo que es loado ponerlo fuera de toda comparación, y más cuando en los que alaban se ayunta á la razón la afición.

Y á la verdad todo lo que es perfecto en su género tiene aquesto, que si lo miramos con atención, hinche así la vista del que lo mira, que no le deja pensar que hay igual. Ó digamos de otra manera, y es que no se hace la comparación con otras casadas que fueron perfectas, sino con otras que parecieron quererlo ser. Y esto cuadra bien, porque esta mujer que aquí se loa, no es alguna particular que fué tal como aquí se dice, sino el dechado y como la idea común que comprehende todo este bien; y no es

(1) Vers. 29.

una perfecta, sino todas las perfectas, ó por mejor decir, es la misma perfección; y así, no se compara con otra perfección de su género, porque no hay otra y en ella está toda, sino compárase con otras cualidades que caminan á ella y no le llegan, y que en la apariencia son este bien, mas no en los quilates. Porque á cada virtud la sigue é imita otro que no es ella, ni es virtud; como la osadía parece fortaleza, y no lo es, y el desperdiciado no es liberal, aunque lo parece.

Y por la misma manera hay casadas que se quieren mostrar cabales y perfectas en su oficio, y quien no atendiere bien, creerá que lo son, y á la verdad no atinan con él; y esto por diferentes maneras; porque unas, si son caseras, son avarientas; otras, que velan en la guarda de la hacienda, en lo demás se descuidan; unas crían los hijos y no curan de los criados; otras son grandes curadoras y acariciadoras de la familia, y con ella hacen bando contra el marido. Y porque todas ellas tienen algo de su perfección, que tratamos, parece que la tienen toda, y de hecho carecen della, porque no es cosa que se vende por partes. Y aun hay algunas que se esfuerzan á todo, pero no se esfuerzan á ello por razón, sino por inclinación ó por antojo; y así, son movedizas, y no conservan siempre un tenor, ni tienen verdadera virtud, aunque se asemejan mucho á lo bueno. Porque esta virtud, como las demás, no es planta que se da en cualquier tierra, ni es fruta de todo árbol, sino quiere su propio tronco y raíz, y no nace, ni mana, sino es de una fuente, que es la que se declara en lo que se sigue:

§. XX.

De cómo la mujer que es buena ha de cuidar de ir limpia ó aseada para mostrar así su ánimo compuesto y concertado, que ha de procurar adornar principalmente con el temor santo de Dios.

Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de loor (1).

Pone la hermosura de la buena mujer, no en las figuras del rostro, sino en las virtudes secretas del alma, las cuales todas se comprehenden en la Escritura debajo desto que llamamos temer á Dios.

Mas aunque este temor de Dios, que hermosea el alma de la mujer como principal hermosura, se ha de buscar y estimar en ella, no carece de cuestión lo que de la belleza corporal dice aquí el Sabio, cuando dice que es vana y que es burlería; porque se suele dudar si es conveniente á la buena casada ser bella y hermosa. Bien es verdad que esta duda no toca tan derechamente en aquello á que las perfectas casadas son obligadas, como en aquello que deben buscar y escoger los maridos que desean ser bien casados. Porque el ser hermosa ó fea una mujer, es cualidad con que se nace, y no cosa que se adquiere por voluntad, ni de que se puede poner ley, ni mandamiento á las buenas mujeres.

Mas como la hermosura consista en dos cosas, la una que llamamos buena proporción de figuras, y la otra que es limpieza y aseo, porque sin lo limpio no hay nada hermoso; aunque es verdad que ninguna, si no lo es, se puede figurar como hermosa, dado que lo procure, como se ve en que muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale con ello; pero lo que toca al aseo y limpieza, negocio es que la mayor parte dél está puesta en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto della, é indicio grande

(1) Vers. 30.

de la limpieza y buen concierto que hay en el alma, el cuerpo limpio y bien aseado; porque, así como la luz encerrada en la linterna la esclarece y traspasa, y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo, y por estar íntimamente unida con él, le esclarece á él, y le figura y compone cuánto es posible de su misma composición y figura; así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio y aseado, á lo menos es cuidado necesario en la mujer para que se conserve y se acreciente el amor de su marido con ella, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envíe en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer á su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un asco que ni se puede mirar sin torcer los ojos, ni tocar sin atapar las narices? Ó ¿cómo será posible que se allegue el corazón á lo que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido? Será sin duda un perpetuo y duro freno al marido el deseo de su mujer, que todas las veces que inclinare ó quisiere inclinar á ella su ánimo, le irá deteniendo y le apartará y como torcerá á otra parte.

Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea. Porque la casa forzosamente y la limpieza della olerá á la mujer, á cuyo cargo está su aliño y limpieza, y cuánto ella fuere aseada ó desaseada, tanto así la casa como la mesa y el lecho tendrá de sucio ó de limpio.

Así que, desto que llamamos belleza, la primera parte, que consiste en el ser una mujer aseada y limpia, cosa es que el serlo está en la voluntad de la mujer que lo quiere ser, y cosa que le conviene á cada una quererla, y que pertenece á esto perfecto que hablamos, y lo compone y hermosea como las demás partes dello. Pero la otra parte, que consiste en el escogido color y figuras, ni está en la

mano de la mujer tenerla, y así no pertenece á aquesta virtud, ni por ventura conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en belleza; porque aunque lo hermoso es bueno, pero están ocasionadas á no ser buenas las que son hermosas. Bien dijo acerca desto el poeta Simónides (1):

Es bella cosa al ver la hembra hermosa,
bella para los otros; que al marido
costoso daño es y desventura.

Porque lo que muchos desean hace de guardar de muchos, y así corre de mayor peligro, y todos se aficionan al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansase cada una dellas, y se descuidase en parte con la compañía de su vecina, se escoja tal compañía, que de necesidad obligue á vivir con recelo y cuidado, y que buscando el hombre mujer para descuidar de su casa, la tome tal, que le atormente con recelo faldas las horas que no estuviere en ella. Y no sólo esta belleza es peligrosa porque atrae á sí y enciende en su codicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta á las que la tienen á que gusten de ser codiciadas; porque, si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querrán vivir escondidas; demás de que á todos nos es natural el amar nuestras cosas, y por la misma razón el desear que nos sean apreciadas y estimadas, y es señal que es una apreciada cuando muchos la desean y aman; y así, las que se tienen por bellas, para creer que lo son, quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Y si va á decir verdad, no son ya honestas las que toman sabor en ser miradas y recuestadas deshonestamente. Así que, quien busca mujer hermosa, camina con oro por tierra de salteadores, y con oro que

(1) Apud Stobæum, serm. LXXIII.

no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera y se les pone á los ladrones delante los ojos, y que cuando no causase otro mayor daño y cuidado, en esto sólo hace que el marido se tenga por muy afrentado, si tiene juicio y valor; porque en la mujer semejante la ocasión que hay para no ser buena, por ser codiciada de muchos, esa mesma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas menoscabada y perdida su honra. Y si este bien de beldad tuviera algún tomo, pudieran por él ponerse á este riesgo los hombres; mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor, cuán presto se acaba, con cuán ligeras ocasiones se marchita, á qué peligros está sujeta, y los censos que paga? «Toda la carne es heno, dice el Profeta (1), y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor como flor de heno.» Pues bueno es que por el gusto de los ojos, ligero y de una hora, quiera un hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar cuánto le perseverare la vida, y que para que su vecino mire con contento á su mujer, muera él herido de mortal descontento, y que negocie con sus pesares propios los placeres ajenos. Y si aquesto no basta, sea su pena su culpa, que ella misma le labrará; de manera que, aunque le pese algún día, y muchos días conozca sin provecho y condene su error, y diga, aunque tarde, lo que aquí dice deste su perfecto dechado de mujeres el Espiritu Santo: «Engaño es el buen donaire, y burlería la hermosura; la mujer que teme á Dios, esa es digna de ser loada.» Porque se ha de entender que esta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud, y la raíz de donde nace todo lo que es bueno, y lo que sólo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente con lo que debe, el temor y respeto de Dios, y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda, nunca llega al colmo, y por bueno que parece,

(1) Isaiac, cap. 41, v. 6.

se hiela en flor. Y entendemos por temor de Dios, según el estilo de la Escritura Sagrada, no sólo el afecto del temer, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos, y lo que, en una palabra, llamamos servicio de Dios. Y descubre esta raíz Salomón á la postre, no porque su cuidado ha de ser el postrero; que antes, como decimos, el principio de todo este bien es ella; sino lo uno, porque temer á Dios y guardar con cuidado su ley, no es más propio de la casada, que de todos los hombres. Á todos nos conviene meter en este negocio todas las velas de nuestra voluntad y afición, porque sin él ninguno puede cumplir ni con las obligaciones generales de cristiano, ni con las particulares de su oficio. Y lo otro, dícelo al fin por dejarlo más firme en la memoria, y para dar á entender que este cuidado de Dios no solamente lo ha de tener por primero, sino también por postrero; quiero decir, que comience y demedie y acabe todas sus obras, y todo aquello á que le obliga su estado, de Dios y en Dios y por Dios; y que haga lo que conviene, no sólo con las fuerzas que Dios le da para ello, sino última y principalmente por agradar á Dios, que se las da. Por manera que el blanco adonde ha de mirar en cuánto hace, ha de ser Dios, así para pedirle favor y ayuda en lo que hiciere, como para hacer lo que debe puramente por él; porque lo que se hace, y no por él, no es enteramente bueno, y lo que se hace sin él, como cosa de nuestra cosecha, es de muy bajos quilates. Y esto es cierto, que una empresa tan grande y adonde se ayuntan tan diversas y tan dificultosas obligaciones como es satisfacer una casada á su estado, nunca se hizo, ni aun medianamente, sin que Dios proveyese de abundante favor. Y así, el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario; porque las que por aquí no van siempre, se pierden, y demás de ser mal cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se ve cada día. Unas se esfuerzan por

temor del marido, y así, no hacen bien más de lo que ha de ver y entender. Otras, que trabajan porque le aman y quieren agradar, en entibiándose el amor, desamparan el trabajo. Á las que mueve la codicia no son caseras, sino escasas, y demás de escasas, faltas por el mismo caso en otras virtudes de las que pertenecen á su oficio, y así, por una muestra de bien, no tienen ninguno. Otras, que se inclinan por honra y que aman el parecer buenas, por ser honradas cumplen con lo que parece, y no con lo que es, y ningunas dellas consiguen lo que pretenden, ni tienen un ser en lo que hacen, sino con los días mudan los intentos y pareceres, porque caminan ó sin guía ó con mala guía, y así, aunque trabajan, su trabajo es vano y sin fruto. Mas al revés, las que se ayudan de Dios y enderezan sus obras y trabajos á Dios, cumplen con todo su oficio enteramente, porque Dios quiere que le cumplan todo, y cúmplenlo, no en apariencia, sino en verdad, porque Dios no se engaña; y andan en su trabajo con su gusto y deleite, porque Dios persevera; y son siempre unas, porque el que las alienta es él mismo; y caminan sin error, porque no le hay en su guía; y crecen en el camino y van pasando adelante, y en breve espacio traspasan largos espacios, porque su hecho tiene todas las buenas cualidades y condiciones de la virtud; y finalmente, ellas son las que consiguen el precio y el premio; porque quien le da es Dios, á quien ellas en su oficio miran y sirven; y el premio es el que Salomón, concluyendo toda aquesta doctrina, pone en lo que se sigue:

§. XXI.

Del premio y galardón que tiene Dios aparejado para la perfecta casada, no sólo en la otra vida, sino aun en este mundo

Dadle del fruto de sus manos, y lóenta en las plazas sus obras (1).

(1) Vers. 31.